

Luchar y Amar

Juan Bautista: el hombre selvático

Anselm Grün



Juan Bautista: el hombre selvático

Juan Bautista responde al arquetipo del hombre selvático. Ya su modo de presentarse infundió miedo en algunos. Marcos lo describe así: Juan llevaba un vestido de pelo de camello, con una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y de miel silvestre» (Mc 1,6). Dejó tras él toda civilización y vivió como los beduinos en el desierto. El cinturón de cuero recuerda al profeta Elías, que vestía de manera similar. Vive en el desierto, no sólo con las fieras salvajes, sino también con atuendo de pelo de camello. En algunos manuscritos se dice incluso que su vestido era de piel de camello. Esto contravendría las leyes judías referentes a la pureza, y Juan surgió del círculo de aquellos, que observaban las leyes externas, las leyes que representaban la cultura del país. La piel de camello mostraría que él había integrado dentro de sí lo animal, la vitalidad, la sexualidad, la fuerza motriz de los animales. Juan es el hombre selvático, que tiene acceso a todo lo selvático dentro de él y en torno a él. Lo selvático le sirve como fuente de fuerza para anunciar a los hombres su mensaje de parte de Dios y para llamarlos a la conversión.

Su predicación se armoniza con su porte. Es hosca, sin consideración con la sensibilidad de sus oyentes. A los fariseos, tan apreciados por el pueblo, les espeta:

«¡Raza de víboras! ¿Quién os enseñó a escapar del juicio inminente? Dad frutos que prueben vuestra conversión, y no creáis que basta con decir: Somos descendientes de Abrahán» (Mt 3,7-8). Juan no pretende halagos de nadie. Dice lo que siente en su interior. Se presenta sin hacerse lacayo de ningún ser humano. El sabe que está sólo al servicio de Dios. Es interiormente libre. Su libertad le lleva a atacar incluso al rey Herodes, reprochándole haberse casado con Herodías, la mujer de su hermano Filipo. Herodes ordena entonces que lo encarcelen. Su mujer prefiere verlo muerto. Sin embargo, «Herodes respetaba a Juan, sabiendo que era un hombre recto y santo, y lo protegía. Cuando le oía, quedaba muy perplejo, pero le escuchaba con gusto» (Mc 6,20). El poderoso rey tiene miedo ante el hombre selvático. No obstante, se siente atraído por él. Percibe en ese hombre una fuerza interior y una libertad que echa de menos en sí mismo. Sabe además que Juan es un hombre recto y santo. Es recto en sí. Está en pie, sin miedo ante los hombres. No se deja doblegar. Y es santo, es decir, no disponible, fuera del círculo de los demás hombres. No se le puede dominar, pues posee otra fuerza, una fuerza sagrada. Herodes habla a gusto con Juan y se siente a la vez intranquilo y perplejo. Vislumbra en él algo genuino, algo auténtico. Tiene incluso la sensación de que le haría bien confiarse a este hombre selvático. Pero tiene miedo a cambiar su vida, a descender de su trono real y a enfrentarse con su propia verdad. Sin embargo, el hombre selvático no se deja intimidar. Obliga a cada cual a ocuparse de su propio corazón, a reconocer lo selvático y lo bravío que hay en él, pero también la fuerza y la sinceridad que encierra.

Jesús habla en el Evangelio de Mateo sobre Juan, que le envía mensajeros a preguntarle si es él de verdad el que esperan los piadosos judíos: «¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué salisteis a ver? ¿Un hombre lujosamente vestido? Los que visten con lujo están en los palacios de los reyes. ¿Qué salisteis entonces a ver? ¿Un profeta? Sí, y más que un profeta. Este es aquel de quien está escrito: Yo envío mi mensajero delante de ti; él preparará el camino. Os aseguro que entre los hijos de mujer no ha habido uno

Luchar y Amar

Juan Bautista: el hombre selvático



Anselm Grün

mayor que Juan el Bautista» (Mt 11,7-11). Es una buena caracterización la que Jesús hace aquí sobre Juan. No se agita como una caña, sino que se mantiene firme. No se rige por las opiniones de los hombres. No es ningún torcecuellos, que gira según el viento. No se preocupa de su vestimenta. Jesús piensa seguramente en el contraste con Herodes, que tanto empeño ponía en presentarse con los más lujosos vestidos. Herodes es el contrapunto del hombre selvático. Por una parte, vive en un lujo desorbitado; es afeminado. Al mismo tiempo, sin embargo, es terriblemente despiadado; ordena asesinar de manera bellaca a todos sus adversarios. Y este hombre aparentemente tan poderoso es en realidad un hombre manipulado por las mujeres. Lo muestra la escena en la que promete a Salomé la mitad de su reino. Por Salomé y por su madre se deja arrastrar hasta ordenar la muerte de Juan, desoyendo así la voz de su propio corazón. Juan es claro e inequívoco, selvático y vigoroso en apariencia, pero con un corazón lleno de ternura y de bondad. Lejos de herir a los hombres, los pone en pie. No tiene miedo a nadie. Dice lo que piensa.

Juan no necesita dar importancia alguna a su aspecto exterior porque se siente en armonía por dentro. No necesita ninguna máscara. Es como es. Jesús describe después su misión: Ha de prepararle el camino. Esta es la misión histórica en relación con Jesús. Pero es también una misión psicológica, que tiene siempre validez. El hombre selvático desbroza el camino a nuestro verdadero yo interior. Nos libera de todos los roles y máscaras con los que disfrazamos nuestro genuino yo. Echa abajo las fachadas que hemos levantado para parecer bien hacia fuera. Destruye todo lo exterior para que encontremos el camino hacia el interior, hacia nuestro núcleo auténtico, hacia nuestro yo, hacia «Cristo en nosotros».

Juan encarna al hombre selvático del que habla siempre Richard Rohr en sus conversaciones de hombres y al que describe Robert Bly en su interpretación de los cuentos de Eisenhans (Iron John). Eisenhans no vive en el desierto, sino en un pantano. Devora a todo aquel que osa acercarse a la orilla del pantano. Pero, a pesar de su aparente instinto destructor, hay en él una gran fuerza al servicio de la vida. Eisenhans ayuda a un joven a emanciparse de su madre y a emprender su propia vida. El joven va con Eisenhans al bosque. Cuando el joven no consigue llevar a cabo la tarea que Eisenhans le encomienda, el hombre selvático lo envía al mundo. El joven entra en un palacio y comienza a trabajar allí, primero como empleado de cocina y después como jardinero. Cuando el rey se marcha a la guerra, el joven pide ayuda a Eisenhans. Este pone en sus manos un caballo salvaje y todo un ejército de caballería, con el cual vence al enemigo. El joven es introducido por Eisenhans en la masculinidad. Primero lo convierte en guerrero y después en amante. Esto se pone de manifiesto en el juego que la hija organiza. Quien consiga hacerse con su manzana de oro será su marido. El joven es quien se apodera de la manzana y se casa con la hija del rey. Sus padres acuden a la fiesta. En medio de los invitados aparece Eisenhans, pero ahora como rey poderoso. Ya que el joven ha cumplido su tarea de llegar a ser hombre, Eisenhans vuelve de nuevo a su estado selvático.

Para Robert Bly, este cuento describe la iniciación en la masculinidad. Esta iniciación pasa normalmente por cinco fases: 1. La emancipación de la madre. 2. La vinculación con el padre y, después, la emancipación de él. 3. Un consejero que hace caer en la cuenta al joven de su propia grandeza y de su capacidad. 4. Tiempo de aprendizaje, en el que el joven bebe de la fuente de energía de una figura arquetípica. 5. La boda con la reina. El hombre selvático libera al joven de las ataduras de la madre y del padre. Le muestra el camino de sus propias posibilidades. Es como una fuente de energía, de la que puede beber. Y le introduce en el arte del verdadero amor y en la alianza con la mujer, con su *anima*. Sólo si el hombre selvático no

Luchar y Amar

Juan Bautista: el hombre selvático



Anselm Grün

se queda estancado en su agresividad, sino que se hace capaz de amar, conseguirá ser realmente hombre. El hombre selvático no está al final del proceso de la autorrealización masculina. Un paso importante es que un consejero introduzca al joven en el arte de ser hombre. Pero del arquetipo del hombre selvático no puede prescindir aquel que quiera ser realmente hombre. El hombre selvático introduce al joven en el arte de la vida y en el arte del amor. Al final del cuento no aparece ya en su estado selvático, sino como un hermoso rey que participa en la boda del joven príncipe.

En Juan el Bautista puede aprender el hombre a permitirse lo selvático y lo espacioso, lo inadaptado y lo indeseado por los poderosos. Juan tiene un olfato singular para lo esencial. Lucha por ello a tiempo y a destiempo. Confía más en su voz interior que en las voces que le llegan de fuera, voces que desearían encorsetarle en los clichés de la decencia. Afronta los peligros. Encarna un aspecto esencial de la espiritualidad masculina, pues él irradia fuerza. La energía masculina de Juan el Bautista podría ayudar a los hombres a encontrar su propia identidad. Los hombres se sienten interpelados por Juan. Su figura toca una fibra de su alma, la fibra selvática y vigorosa, pero también el ansia de libertad, el ansia en definitiva de romper con las expectativas del mundo circundante y de hacer aquello que le pide su alma. Pero Juan no pasa de ser el precursor que anuncia la venida del Mesías. Juan apunta, por encima de él, al hombre integral, al ungido, que colma nuestros deseos de plenitud masculina.